

He llegado a una edad... bueno, una edad que a veces comienza a agobiar mi cuerpo, pero no creo que prefiera volver atrás y vivir los años de nuevo. En realidad, solo hay unas pocas cosas que envidio en los jóvenes, una cosa que desearía tener de vuelta, y son los ojos de los niños. Ojos que ven todo lo nuevo, todo lo fresco, todo lo maravilloso, antes de que la costumbre se vuelva rancia o la vida se haya torcido. Tal así sea el cielo: ojos para siempre nuevos.

Pero a veces hay entre los niños otra visión, una visión que va más allá del alcance de los ojos de los adultos, que a veces parece traspasar incluso otras dimensiones. Aquellos que pueden ver así tienen los ojos inesperados, los ojos espeluznantes, los ojos que ven.

La niña tenía ojos videntes. Los noté por primera vez cuando los Davidson se mudaron al lugar para acampar junto al nuestro en North Fork. Los conocíamos de años anteriores, pero era nuestro primer encuentro con su hijo, Jerry, y la esposa y la niña que había traído a casa desde el extranjero. Una cosa buena de acampar es que no tienes que ser tímido al ver a otras personas asentarse. De hecho, si no tienes cuidado, terminas trabajando con una de las cuerdas de su tienda mientras alguien más la ajusta a la tierra. Ser abuela dos veces no te exime de ayudar.

Fue mientras estaba sentada, debatiendo si cambiarme los zapatos y los calcetines o dejar que se secasen solos, que noté a la niña. Estaba encorvado sobre una losa de roca inclinada a última hora de la tarde, mirándome en silencio. Le sonreí y moví un dedo del pie mojado.

—Supongo que debería cambiarme —dije—. Está empezando a hacer frío.

—Sí —dijo ella—. El sol está bajando.

Sus ojos estaban muy abiertos.

—He olvidado tu nombre —dije—. Tengo que olvidarlo cuatro veces antes de recordarlo.

Me quité uno de mis calcetines mojados y froté con el pulgar la mancha roja que había dejado en mis dedos.

—Soy Liesle —dijo con gravedad—. Qué colinas raras.

Hizo un gesto con la barbilla hacia las colinas del sendero.

—¿Raras?

Las miré. Eran colinas onduladas que salían del camino de forma bastante abrupta en filas ordenadas hasta que se fusionaban con la espesura de álamos.

—Solo son colinas —dije, secándome el pie con la pernera de mis jeans—. La hierba en ellas es un poco espesa este año. Ha sido una primavera húmeda.

—¿Hierba? —ella dijo—. Parece casi como... piel.

—¿Piel? Mmm, bueno, tal vez —salté a la tienda y me arrastré en busca de unos calcetines secos— si entrecierras los ojos con fuerza y no lo miras del todo —mi voz se ahogó en la oscuridad de la tienda. Retrocedí de nuevo, agarrando un par de calcetines enrollados en mi mano—. ¡Oh, cielos! —dije—. Unos años más de acampar y tal vez tenga que tirarlos.

Me acomodé en mi silla y me volví hacia la niña, luego parpadeé ante los cuatro ojos que me contemplaban con gravedad.

—¡Bueno, hola! —le dije a Annie, la madre de la niña—. Me estoy olvidando del nombre de Liesle por última vez.

Liesle sonrió tímidamente, apoyándose en su madre.

—Eres la abuela —dijo.

—Seguro que lo soy, benditos Pat y Jinnie. Y es maravilloso recordarte ya.

Liesle apretó la cara contra el brazo de su madre avergonzada.

—Tiene tus ojos —le dije a Annie.

—Pero los de ella son de un azul más oscuro —Annie abrazó brevemente la cabeza de Liesle—. Ven, niña, debemos empezar a cenar.

—Adiós, abuela —dijo Liesle, mirando hacia atrás por encima del hombro. Luego sus ojos parpadearon y se agrandaron y una expresión extraña hizo que su boca se hundiera. La mano que tiraba de Annie la remolcó con un paso reticente, luego se volvió y rápidamente se deslizó delante de Annie—. ¡Madre! —oí su voz sin aliento—. ¡Madre! —mientras desaparecían alrededor de la tienda.

Miré hacia atrás por encima de mi propio hombro. Los ojos de Liesle se habían vuelto

a enfocar más allá de mí antes de que su rostro cambiara.

Allá atrás el sol se ponía con un esplendor amarillo pálido y sombras púrpuras llenaban los huecos entre las colinas. He escalado pequeñas colinas como esas innumerables veces, rodé por ellas, dormí siesas en ellas. Eran colinas suaves, con su fina capa de hierba plateada contra el sol que se desvanecía temprano, crujientemente debajo de las laderas. Solo colinas. Nada podría ser más sereno y pacífico. Arquee una ceja y me encogí de hombros.

Conoces todo tipo de gente si vas de campamento.

Esa noche los Davidson vinieron a nuestra fogata y todos nos sentamos en la fría oscuridad, hablando y escuchando el viento en los pinos, el río abriéndose paso en su camino desde Baldy, los sonidos de diminutas idas y venidas a través de la maleza, todos los sonidos que deletrean el verano para quienes regresamos año tras año a los mismos terrenos de acampada.

Finalmente, el fuego comenzó a parpadear bajo y la altitud desacostumbrada nos estaba adormeciendo, así que buscamos nuestras linternas y comenzamos nuestra caminata antes de dormir a través del arroyo, hacia las casitas escondidas contra la ladera. Hombres a la izquierda, mujeres a la derecha. Nosotras nos deslizamos y nos reímos por el puente húmedo de troncos y tablas que cruzaba el arroyo. Cosas como esta son comunes a nueve mil pies de altura. Pasamos el banco de nieve, mi Trisha liderando el grupo, su linterna apartando imperiosamente la oscuridad. La seguía nuestra Jinnie —Pat es una cabra y va a la izquierda— luego venían la señora Davidson, Annie y Liesle, y yo era el furgón de cola, sintiendo la oscuridad empujándome en la espalda mientras se apiñaba detrás de nuestras luces.

Dado que la casita solo tiene capacidad para dos a la vez, el resto de nosotros generalmente esperamos contra un afloramiento de rocas que se protege un poco del viento del sureste que puede cortar una muesca en las espinillas en menos tiempo que tardas en contarlos.

Le estaba explicando esto a Annie mientras tropezaba por el sendero. Estaba extendiendo la mano para pasar mi mano por la primera roca, cuando Liesle jadeó y tropezó contra mí, aplastando mi dedo del pie por completo.

—¿Qué sucede, niña? —apreté, esperando que el dolor dejara de subir por mi pierna como una fuente caliente—. No hay nada que temer. Tu mamá y yo estamos aquí.

—¡Quiero volver! —sollozó de repente, aferrándose a Annie—. ¡Quiero ir a casa!

—Liesle, Liesle —canturreó Annie, tomándola en sus brazos—. Mamá está aquí. Papá está aquí. No hay nadie en casa. Mañana te divertirás, ya verás.

Miró por encima de la cabeza de Liesle a nuestros rostros goblínescos iluminados con linternas.

—Ella nunca ha acampado antes —dijo en tono de disculpa—. Siente nostalgia.

—¡Tengo miedo! ¡No puedo ir más lejos! —sollozó Liesle.

Agarré el brazo de Jinnie con fuerza. Ella también estaba haciendo ruidos como si estuviera asustada, y era una veterana de acampar, prácticamente desde la cuna.

—No hay nada que temer —reiteré, moviendo el dedo del pie con esperanza—. Gracias a Dios, todavía podría moverse. Pensé que lo habían amputado.

La respuesta de Liesle fue solo un gemido ahogado.

—Bueno, ven aquí fuera del viento —le dije a Annie.

Quise abrazar a Liesle, pero ella se apartó de mi mano.

—¡No, no! —lloró—. ¡No puedo ir más lejos!

Luego se deslizó como una anguila fuera de los brazos de Annie y regresó por el sendero. La oscuridad se la tragó.

—¡Liesle!

Annie partió en su persecución y yo la seguí, tratando de apuñalar alguna luz útil a lo largo del sinuoso camino. Las alcancé en el puente del arroyo. Estaban murmurando entre sí, frente a frente. La voz de Annie era urgente, pero Liesle negaba obstinadamente con la cabeza.

—Ella no volverá —dijo Annie.

—Oh, bueno —dije, sintiendo de repente que la altitud me quitaba la sangre de la cabeza y cargaba mis pies cansados—. Compláce a la niña esta noche. Mañana estará bien.

Pero ella no lo estaba. Al día siguiente, todavía se negaba obstinadamente a ir por ese último camino a la Casita. Jerry, su padre, perdió la paciencia con ella.

—¡Es una tontería total! —dijo—. Alguna idea tonta. Vamos a estar aquí dos semanas. Si crees que voy a armar una tienda especial...

Agarró a Liesle del brazo y la hizo trotar rápidamente por el camino. Los seguí. No me preocupé por sentir curiosidad por las personas y las cosas, y mientras mantengo la boca cerrada, rara vez me cierran una puerta en la cara. Liesle avanzó con bastante facilidad, gimiendo un poco, medio corriendo delante de su dedo punzante, por el sendero, cruzando el puente, a lo largo de la orilla. Y se negó rotundamente a ir más lejos. Jerry la empujó y ella se dobló, retrocediendo contra sus piernas. La empujó hacia adelante y ella cayó sobre sus manos y rodillas, retrocediendo por el camino, tratando de abrirse paso por delante de él, todo en un silencio mortal y jadeante. Su temperamento estalló y la empujó de nuevo.

Se deslizó por el camino, hundiendo los dedos en la maleza a lo largo del borde, con la mejilla pegada al camino embarrado. Entonces vi su rostro, pálido, afligido, viejo en su fiera determinación, lastimosamente joven en su desnudo terror.

—Jerry —comencé.

La ira lo había ensordecido y cegado. La levantó en brazos y comenzó a caminar por el sendero. Ella se retorció y lanzó un grito salvaje y desesperado:

—¡Papá! ¡Papá! ¡No! ¡Está abierto! ¡Está abierto!

Siguió adelante, pasando la primera roca. Había dado un paso más allá del álamo que se asomaba entre dos rocas, cuando le arrebataron a Liesle de los brazos. Aliviado de su peso, su impulso lo llevó tambaleándose hacia adelante, casi de rodillas. Sin comprender, miró a su alrededor. Liesle estaba pegada a la roca, extendida sobre el camino como un muñeco de papel pegado a la pared, excepto que este muñeco de papel gorjeaba de terror mudo y estaba siendo succionado lentamente por la roca. Estaba de cara a la roca. Me quedé boquiabierta de la conmoción cuando pude ver que su columna vertebral se hundía en una curva cóncava, empujando su cabeza y sus pies hacia atrás cada vez más.

—¡Sujétala! —grité—. ¡Jerry! ¡Agarra sus pies!

La agarré por los hombros y tiré con todas mis fuerzas. Jerry puso sus manos detrás de sus rodillas y escuché su respiración gruñir mientras tiraba.

—¡Oh, Dios del cielo! —sollocé—. Oh, Dios!

Hubo un sonido de succión y desgarró y Liesle se soltó de la roca. Los tres caímos en un montón enredado en la humedad pantanosa más allá del sendero. Jerry se agachó en el lodo meciendo a Liesle en sus brazos, con la cara enterrada en su cabello.

Me senté allí sin palabras, sintiendo la fría humedad penetrando mis jeans. ¿Qué había que decir?

Finalmente, Liesle dejó de llorar. Se enderezó en los brazos de Jerry y miró la roca.

—Oh —dijo ella—. Está cerrado ahora.

Se soltó de los brazos de Jerry.

—Abuela, tengo que irme.

Automáticamente la ayudé a desabrocharse los jeans y me senté allí, boquiabierta, mientras ella trotaba por el camino más allá de la enorme roca y entraba en la Casita.

—¡No me preguntes! —gritó Jerry de repente, levantándose del borde del camino—. ¡No me preguntes!

Así que no lo hice.

Bueno, un verano que comienza así podría ser todo un verano, pero en cambio todo se calmó a un ritmo agradable y uniforme y pescamos y caminamos e hicimos un picnic y nos llovió y subimos a Baldy, deslizándonos por sus laderas de nieve sobre nuestros traseros.

Luego llegó la tarde en que algunas de nosotras, las mujeres, estábamos vagando por el sendero hasta el campamento, con los pies empapados como de costumbre y con los niños agarrando bolas de nieve mugrientas rescatadas de la gran pendiente en la pronunciada ladera norte debajo de Salt House. Lo último del sol brillaba desde el pico blanco de Baldy donde habíamos dejado a los demás horas atrás, todavía escarbando en el polvo en busca de más cuentas de huesos indios. Parecíamos estar nadando a través de un valle de sombras que eran casi tangibles.

—Estoy sin aliento.

La señora Davidson se derrumbó, jadeando, al lado del sendero, recostada en el flanco suavemente redondeado de una de las pequeñas colinas cerca del arroyo.

—Ya casi llegamos —dije—. Si me siento no volveré a levantarme antes de la medianoche.

—No importa, aunque me levante a la medianoche —dijo, relajando los hombros hacia atrás contra el suave frescor de la hierba—. Tal vez algunos petirrojos nos encuentren y nos cubran con fresas. Entonces no tendríamos que preparar la cena.

—Eso sería divertido —dijo Leslie, abrazando sus rodillas al lado de la señora Davidson.

—¡Oh, Liesle! —Jinnie estaba disgustada—. No crees que eso realmente pueda pasar, ¿verdad?

—¿Por qué no? —los ojos de Liesle estaban muy abiertos.

—¡Oh! —dijo Jinnie, doblándose en el suelo—. ¡Creerías cualquier cosa! Cuando seas tan mayor como yo...

—¡Qué pensamiento! —dije, aliviando mis doloridos pies en mis botas de montaña. Miré con nostalgia el grupo, y me hundí en la colina junto a las demás. Me dejé caer sobre mi estómago y acuné mi cabeza en mis brazos—. ¡Hace calor! —dije mientras mi palma atravesaba la hierba.

—El sol —murmuró la señora Davidson, con los ojos ocultos detrás de su brazo cruzado—. Absorbe toda la humedad del día y la deja salir por la noche.

—Mmmm.

—Duermen demasiado —dijo Liesle.

Estaba demasiado relajada para conversar.

—Las bestias —dijo.

—¿Qué bestias?

Era como tener un mosquito personal.

—Estas con el pelaje verde —dijo y se rió—. La gente piensa que son solo colinas, pero son bestias.

—Si tú lo dices —mis dedos tiraron de la hierba—. Y el pelaje verde creció alrededor, alrededor...

—Por eso se siente cálido —dijo Liesle—. No le jales el pelaje, abuela. Podría lastimarlo. Nen se levantaría. Y nos derramaría en el suelo. Y abriría su gran boca, y sacaría sus enormes dientes —ella me agarró violentamente. ¡Abuela! —gritó—. ¡Vámonos a casa!

—¡Oh, no molestes con eso! —dije, sentándome. El frío de la noche fue como un chorro de agua fría—. Vamos, está haciendo frío. Nos congelaremos si nos quedamos aquí mucho más tiempo.

—Pero es tan cálido y agradable aquí —suspiró la señora Davidson.

—No aquí —me estremecí—. Vamos, jóvenes, las llevaré a la carpa.

La luz de la luna me despertó. Golpeó a través de una pequeña rasgadura en la tienda encima de mí y me hizo imposible volver a dormir. Incluso con los ojos cerrados y la espalda vuelta, podía sentir el rayo de luz vibrando casi audiblemente contra mí. Así que me di por vencida, me encogí de hombros, me puse una chaqueta forrada de vellón, metí los pies descalzos en las zapatillas de deporte y salí por la solapa de la tienda. La noche atrapó mi corazón. Toda la sombra y la plata de una luna llena, más la caída y el oleaje, el marfil y el ébano de las nubes que brotan sobre Baldy. No era de extrañar que la luz de la luna hubiera vibrado a través de la tienda. Era ese tipo de noche: tensa, rápida, lejana y sin trabas.

Suspiré y metí las rodillas debajo de la chaqueta mientras me sentaba en el muñón. Hay momentos en los que tener cuerpo es una gran molestia. Bueno, pensé, me quedaré fuera el tiempo suficiente para enfriarme por completo, luego seguramente dormiré cuando vuelva a meterme en mi agradable y cálido saco de dormir. Mis ojos siguieron las oscuras copas dentadas de los árboles a lo largo del lado más alejado del arroyo hasta el aterciopelado de las pequeñas colinas a la luz de la luna río arriba, las espesas bestias de pelaje plateado que habían dormido tanto tiempo. Sonreí al pensar en Liesle.

Entonces allí estaba ella, Liesle, justo más allá de la tienda, con todo el cuerpo tenso por la mirada, los brazos rígidamente flexionados a la altura de los codos, los dedos torcidos, todo su ser inclinado hacia adelante como si estuviera preparándose para cualquier necesidad repentina de persecución o huida.

Hizo un movimiento abortado como para volver a entrar en la tienda, y luego se fue, corriendo hacia las colinas, sus pies blancos descalzos brillando a la luz de la luna. Quería llamarla, pero algo en la quietud de la noche hizo que el ruido volviera a mi garganta, así que la seguí, contenta de tener una buena excusa para correr a través del frescor de la noche plateada. Un poco más lejos, un poco más rápido, un poco más ligero y ni siquiera habría tenido que tocar el suelo.

Perdí de vista a Liesle, así que me apoyé en un árbol y esperé a recuperar el aliento. Entonces la vi, una brizna de oscuridad con su gastado pijama de franela, moviéndose de una pequeña colina a otra, caminando suavemente de puntillas hasta que la sombra del bosque de álamos en la ladera de arriba la tragó. Hubo una pausa mientras me preguntaba si debería seguirla, luego reapareció con el mismo paso suave y cuidadoso. Se detuvo a pocos metros de mí y se dejó caer entre dos montículos redondeados. Se estremeció en el aire helado y se acurrucó con fuerza en la esquina curva. Podía oírla hablar.

—Muévete, tú. Mantenme caliente. Hay ocho de ustedes. Los conté. Me gustas en la noche, pero te tengo miedo en el día. No perteneces al día.

Bostezó exuberantemente y vi que se hundía lentamente entre esas dos colinas cubiertas de hierba.

—Tú tampoco perteneces a la noche —prosiguió—. Será mejor que vuelvas la próxima vez que esté abierto.

Ahora solo se veía su cabeza. Ella estaba casi tragada en la... ¿en la qué?

—¡Liesle! —siseé.

Ella jadeó y miró a su alrededor. De repente, estaba tendida de nuevo al aire libre en la ladera, temblando. Miró hacia atrás rápidamente y luego comenzó a llorar. La tomé en mis brazos.

—¿Qué está pasando aquí, Liesle?

—¡Tuve un sueño! —gimió.

La llevé de regreso al campamento, hundida un poco bajo su peso. Justo antes de dejarla en frente de su tienda, juro que saludó por encima de mi hombro, un pequeño y furtivo saludo a las pequeñas colinas dormidas.

Al día siguiente me quedé con determinación en el campamento cuando todos los demás galoparon hacia Katatki en busca de puntas de flechas. Tuve que hacer el acto de la anciana cansada, y sé que mis hijos sospecharon que estaba tramando alguna travesura, pero finalmente me dejaron en paz. El polvo apenas se había asentado en la curva que bajaba de la corriente cuando comencé a abrirme camino entre las colinas.

Me contuve caminando de puntillas y respirando con cautela por la boca, sobresaltada por el crujido de la grava y el repentino chillido de un arrendajo azul. Me senté, por lo que pude ver, entre las mismas dos colinas donde había estado Liesle. Arranqué un mechón de hierba con una punzada rápida del pulgar y los dedos. Hierba, eso era todo. Bueno, ¿qué esperaba? Solté mi pico corto y comencé a excavar. El césped se despegó. El suelo arenoso debajo se deslizó un poco. El pico tintineó contra pequeñas rocas. Desenterré una tapa de cerveza y un clavo doblado. Inspeccioné mi obra, luego empujé la tierra hacia atrás con la punta del pico. A veces es divertido tener demasiada imaginación. Otras te ensucia las uñas.

Caminé penosamente de regreso al campamento. A mitad de camino me detuve. ¿Había escuchado algo? ¿O sentido algo? ¿Un movimiento como de desplazamiento de aire? Me di la vuelta y caminé lentamente de regreso a la ladera.

No pude encontrar el lugar donde había estado cavando. Me arrodillé y recogí el único objeto suelto que había alrededor. Una tapa de cerveza oxidada.

Las vacaciones de los Davidson casi habían terminado. Tuvimos otra semana después de que se fueran. No sé cómo sucedió, cosas como esas siempre nos están sucediendo, pero terminamos con Liesle y Jinnie saltando juntas en éxtasis mientras todos los adultos involucrados asintieron lentamente con la cabeza. Y tuve una nieta adicional durante la próxima semana.

Por supuesto, Liesle sentía un poco de nostalgia la primera noche después de que sus padres se fueran. Después de que Jinnie se durmió, me miró a la luz de la linterna Coleman, con tal desamparo que levanté el borde de mi saco de dormir y ella prácticamente se arrojó en él. Fue un apretón fuerte, pero finalmente se acurrucó en mi hombro, el rocío crujiente de su cabello me hizo cosquillas en la barbilla.

—Me gustas, abuela —dijo—. Estás caliente.

—Tú también estás caliente —dije, sintiendo el calor irradiando del pequeño cuerpo enjuto. No sé qué motivó mi siguiente pregunta. Tal vez era que quería que hubiera algo en el juego de simulación de Liesle—. ¿Estoy tan caliente como las bestias?

Sentí su retirada sobresaltada. Fue como tener un resorte de repente enrollado a mi lado.

—¿Qué van a hacer cuando empiece a nevar de nuevo? —pregunté en el incómodo silencio.

—No lo sé —dijo Liesle lentamente—. No conozco ninguna bestia. Además, su pelaje los mantendría calientes.

—A mí me parece sólo hierba —dije—. La hierba se seca cuando llega el frío.

—Se supone que parece hierba —dijo Liesle—. Así que nadie los notará.

—¿Qué son? —pregunté—. ¿De dónde vienen?

—No conozco ninguna bestia —dijo Liesle—. Me voy a dormir.

Y lo hizo.

Liesle bien podría haberse ido a casa para toda la actividad al aire libre que tuvo esa semana con nosotros. El mal tiempo vino a través del paso en las montañas, y tuvimos lluvia y niebla y truenos y granizo y un tiempo horrible tratando de mantener a las

niñas entretenidas. Mis palabras ociosas se habían quedado grabadas en la mente de Liesle y se pudrieron en la inactividad. Ella miraba incesantemente por la solapa de la tienda y preguntaba:

—¿Cuánto tiempo va a llover? ¿Hace frío allí? ¿No nevará? ¿Habrá hielo?

Y cuando tuvimos un breve respiro después de una rugiente tormenta de granizo y salimos a recoger las piedras del tamaño de una tapioca, Liesle llenó ambas manos y, agarrando el granizo con fuerza, corrió hacia las pequeñas colinas. La alcancé mientras patinaba hasta detenerse en el camino embarrado.

Ella miraba las colinas de las bestias, ligeramente heladas por el granizo. Volvió sus ojos profundos hacia mí.

—Es hielo —dijo trágicamente.

—Sí. Pequeños trozos de hielo.

Abrió las manos y se miró las palmas húmedas.

—Se ha ido —dijo.

—Tus manos están calientes —le expliqué.

—El calor derrite el hielo —dijo, con los ojos brillantes—. Están calientes.

—Tus manos podrían derretir el hielo —reconocí—, pero si realmente se congela...

—Les dije que volvieran —dijo Liesle—. La próxima vez que esté abierto.

—¿Abierto? ¿Qué cosa? —pregunté.

—Bueno —dijo Liesle—. Está en el camino hacia la Casita. Es la roca, es un vacío, es para atravesar ... —se golpeó con la mano hacia adelante y hacia atrás a través de las perneras de sus pantalones, librándolos del granizo derretido. Tenía el labio inferior fruncido y los ojos ocultos—. No entra en ningún lugar. Sólo pasa.

La ira estalló de repente y pateó la colina más cercana.

—¡Estúpidas bestias! —lloró—. ¿Por qué no te quedaste en casa?

Empezamos a empacar el día antes de irnos. Liesle se escabulló con Jinnie, estropeando las cosas en general. Así que les di un montón de sobras de productos enlatados y una caja para ponerlos y pasaron horas empacando y desempacando. Las

había descartado de mi mente y me había sumergido en el eterno problema de cómo volver a meter en las maletas lo que habían contenido originalmente. Así que me sorprendió sentir una mano fría en mi codo. Miré a mi alrededor al rostro preocupado de Liesle.

—¿Y si no conocen el camino de regreso? —preguntó.

—Por supuesto que conocemos el camino de regreso —dije—. Lo hemos recorrido una docena de veces.

—No, me refiero a las bestias —ella me agarró de nuevo—. Morirán en el invierno.

—El invierno está muy lejos —dije—. Estarán bien.

—No cuentan como nosotros —dijo Liesle—. El invierno está espantosamente cerca.

—Oh, Liesle, niña —dije exasperada—. No juguemos a eso ahora. Estoy demasiado ocupada.

—No estoy jugando —dijo, con sus mejillas sonrojándose levemente. Sus ojos se negaban a dejar los míos—. Las bestias...

—Por favor, cariño —dije—. Termina de empacar y déjame terminar lo mío. —Y cerré la maleta en mi mano.

—Pero las bestias...

—¡Bestias! —dije indistintamente mientras trataba de succionar el dolor de mis dedos—. Son lo suficientemente grandes como para cuidarse solas.

—¡Son solo bebés! —lloró—. Y están perdidos.

—Entonces ve y diles el camino —dije, mirando tristemente la sudadera y los pantalones que deberían haber estado en la maleta que acababa de cerrar.

A última hora de la noche llegó una enorme tormenta. Comenzó con una pizca tan ligera que era casi una neblina. Y luego, como si se presionara constantemente una palanca, el aguacero aumentó, minuto a minuto. En proporción directa, la luz desapareció del mundo. Todos estaban cómodamente bajo la lona cuando la lluvia se convirtió en aguacero, excepto Liesle.

—Sé dónde está —dije con un suspiro, agarré mi chaqueta forrada de vellón y me metí bajo la lluvia. Había dado unos dos pasos antes de que mis zapatos chapotearan y la lluvia me inundara la cara como una manguera. Había salpicado un poco más allá de

las tiendas cuando un objeto mojado se lanzó contra mí y me golpeó contra un pino.

—¡No vendrán! —sollozó Liesle, su cabello chorreaba agua por su cuello—. Seguí hablando y hablando con ellos, pero no vendrán. ¡Dicen que el camino no está abierto, y que si lo estuviera no lo reconocerían!

Temblaba de sollozos y frío.

—Sal de la lluvia —dije, palmeando su espalda empapada—. Todo estará bien.

Y nos metimos en la tienda.

—Les dije sobre este camino, al otro lado del arroyo —su voz fue ahogada mientras le quitaba la camiseta por la cabeza—. No pueden verlo y no saben qué es un arroyo. Ellos ven por encima de nosotros.

—¿Encima? —pregunté, buscando a tientas una toalla seca.

—¡Sí! —sollozó Liesle—. Estamos en el medio. Ellos ven mayormente por encima de nosotros, luego estamos nosotros y luego hay un debajo. Tienen miedo de caer sobre nosotros o debajo. Dicen que estamos llenos de agujeros por aquí.

—Ya están entre nosotros —dije, guiando sus pies helados dentro de las perneras del pijama de franela—. Podemos verlos.

—Sólo una parte —dijo—. Sólo la parte que está Aquí. La parte que está Allí es tan grande que no podemos verla.

La tomé en mi regazo, la rodeé con mis brazos y ella se inclinó contra mí, calentándose lentamente, pero con el frío todavía sacudiéndola a intervalos.

—¡Oh, abuela! —sus ojos eran grandes y oscuros—. Vi algo de la parte que está Allí. Es como, como... como... fuegos artificiales.

—¿Esas colinas grandes y pesadas como fuegos artificiales? —pregunté.

—Seguro —su voz eran confiada—. Los fuegos artificiales tienen palitos, ¿no?

—Mira, Liesle —la senté y la miré profundamente a los ojos—. Sé que piensas que todo esto es cierto, pero en realidad no lo es. Es divertido fingir siempre que sepas que es fingido, pero cuando empiezas a creerlo, no es bueno. Mírate, toda mojada y fría e infeliz a causa de este asunto.

—¡Pero no es fingido! —protestó Liesle—. Cuando estuvo abierto...

Ella contuvo el aliento y me agarró. Hice una pausa, tratando de archivar algunos recuerdos, como la tapa de cerveza oxidada, la lenta ingestión de Liesle por las colinas...

—Olvídate de eso —dije—. Créeme, Liesle, todo está en tu imaginación. No tienes que preocuparte.

Durante un largo momento de lluvia Liesle examinó mi rostro y luego se relajó.

—Está bien, abuela —se convirtió en un peso somnoliento en mi regazo—. Si tú lo dices.

Nos fuimos a dormir esa última noche con el sonido de la lluvia. Para entonces se había convertido en un rugido fuerte y omnipresente en el techo de la tienda que hacía que la conversación fuera casi imposible.

—Bueno —pensé somnolientamente—, este es un gran, húmedo, entre comillas, verano.

Entonces, justo cuando me dormí, me sorprendió oírme pensar:

—Naden bien, pequeñas bestias, naden bien.

Puede que fuera el silencio, porque de repente me desperté del todo en un silencio sin lluvia. No fue solo un despertar, sino un impulso urgente hacia la conciencia. Me levanté sobre un codo. Liesle gritó y luego guardó silencio. Me recosté de nuevo, pero me tensé cuando Liesle murmuró y se movió en la oscuridad. Entonces la escuché recuperar el aliento y gemir un poco. Se arrastró con cautela fuera de su saco de dormir y estaba buscando a tientas en la solapa de la tienda. Una luz pálida y acuosa entró por la abertura. El cielo debió haberse despejado parcialmente. Liesle susurró algo y luego volvió a tantear la tienda. Escuché una serie de crujidos y susurros, luego ella estaba en la apertura, la chaqueta sobre su pijama, sus pies en las zapatillas de deporte con cordones.

—¡Está abierto! —ella gimió, mirando hacia afuera—. ¡Está abierto!

Y se fue.

Atrapé mi pie en el saco de dormir, traté de poner mi chaqueta al revés y metí el pie izquierdo en el zapato derecho, antes de que finalmente me enderecé y salí tambaleándome a través de un charco que me llegaba hasta los tobillos para seguir a Liesle. Caminé a tientas en la húmeda oscuridad a medio camino de la Casita antes de darme cuenta de que no había nadie delante de mí en el camino. Casi me muero. ¡Ya

había sido absorbida por esa traicionera roca gris! Y dentro de mí una voz coreó burlonamente: No es cierto, solo finjo...

—¡Cállate! —murmuré ferozmente, luego, dándome la vuelta, salí a toda velocidad pasando las tiendas. Me apoyé en un árbol, desesperada por un frenético trago de aire frío y húmedo. Si tan solo hubiera destruido la imaginación de Liesle la primera vez...

Escuché un ruido diminuto, agudo y penetrante, un sonido de pájaro persuasivo y seductor, y vi a Liesle parada en el camino, concentrada en las pequeñas colinas, con la mano derecha extendida y los dedos curvados, como si estuviera llamando a un cachorro.

Entonces vi las pequeñas colinas temblar y consolidarse y Convertirse. Las vi levantarse del suelo con un sonido de succión. Escuché el suave desgarró del césped y el tañido casi inaudible de las raíces que se separaban. Vi las colinas fluir en movimiento siguiendo la llamada de Liesle. Me esforcé por ver en la penumbra. No había piernas debajo de las colinas, había docenas de piernas debajo, había ruedas, cuadrados parpadeantes, brillos de luciérnagas.

Cerré los ojos. Las colinas se iban. Cómo iban, no podría decirlo. Enormes, torpes y pesadas, siguieron a Liesle como mastodontes somnolientos en estrecha formación. Podía ver la pálida cicatriz debajo de la espesura de álamos donde las colinas se habían alejado. Parecía familiar, incluso para las raíces desaliñadas que asomaban entre la arena desmoronada del suelo. ¿No era así como siempre se había visto?

Me quedé de pie y vi cómo las colinas seguían a Liesle. ¿Cómo podía una tropa así ir tan silenciosamente? Más allá de las tiendas, a través de la maleza, a través del arroyo (Liesle usó el puente) y subió por el sendero hacia la Casita. Los perdí de vista cuando rodearon la curva del sendero. Me permití un breve suspiro de alivio antes de emprender el regreso hacia las tiendas.

Todo fue un sueño, indudablemente. Burlonamente, me dije: ¿Un sueño? ¿Un sueño? Estaban allí, ¿no es así? Se han ido, ¿no es así? Sin doblar una hoja o romper una rama. ¿Ido a dónde? ¿Adónde?

—Se han ido a la nada —le dije a Liesle cuando por fin la encontré en el camino de regreso— ¡Está bien! ¡Dímelo de una vez! —ambas nos callamos y tropezamos por el camino oscuro.

—¡Oh, abuela! —jadeó—. ¡Uno no vino! ¡El más pequeño no vino! Eran ocho, pero sólo entraron siete. Tenemos que encontrar al otro. ¡Va a cerrar! ¡Abuela!

Ella me estaba remolcando de regreso más allá de las tiendas.

—¡Oh, sí! pensé tristemente—. ¡Unas cuantas veces más de estas aventuras y seré una anciana!

Encontramos al vagabundo acurrucado en la base de los álamos, acurrucado en un montículo comparativamente diminuto y lleno de hierba. Liesle estiró las manos y empezó a cantar en la colina de las bestias.

—¿Dónde aprendiste ese sonido? —pregunté, mi curiosidad ardía incluso en un momento loco como este.

—¡Así es como se llama! —dijo, asombrada por mi ignorancia, y volvió a gritar, persuasivamente. Me quedé allí con mis zapatillas húmedas y presumiblemente en mi sano juicio, y miré cómo se desenrollaba el pequeño y estrecho montículo, moviéndose lentamente en la dirección de Liesle.

—¡Haz que se dé prisa, abuela! —gritó Liesle—. ¡Empuja!

Así que empujé, y tuve la cálida sensación del verano en mis palmas, la penetrante y débil fragancia de la hierba magullada en mis fosas nasales y un gran asombro en mi mente. Nunca lo superaré. ¡Empujando una colina en el frío acuoso de una hora nocturna que parecía eterna!

Por fin conseguimos que al menos uno pasara por las tiendas. A través del arroyo y por el sendero. Liesle se adelantó corriendo.

—¡Oh, abuela! ¡Abuela! —su voz era una tragedia—. ¡Se está cerrando! ¡Se está cerrando!

Incliné los hombros y clavé los dedos de los pies y arrastré a esa tonta bestia por el camino. Sentí una onda de protesta bajo mis manos y un retroceso, como un niño asustado. Tuve una rápida y breve visión de mí, escarbando en el sendero con una colina como lo había hecho Jerry con Liesle, pero mi repentina prisa nos empujó a la vuelta de la esquina. Allí estaba Liesle, con un brazo apretado alrededor del tronco de un árbol y el otro extendido sobre la gran roca gris. Su mano se perdió en algún lugar de todo lo que se fusionó y se retorció, se convirtió y se disolvió en medio del granito gris.

—¡Apúrate! —jadeó—. ¡Lo estoy sosteniendo! ¡Empuja!

Sentí que mis últimas fuerzas se iban en el intento. Había gastado lo último de algunas monedas juveniles que nunca podría reponerse. Hubo un momento de silencio obstinado y luego la colina debió haber percibido la abertura, porque contra mis dedos hubo un latido repentino, un hormigueo rápido y la colina desapareció, así como así. La roca se cernía, quieta e impasible como lo había estado desde el amanecer. La

mano estaba atrapada por encima de su muñeca.

—Está atorada —me miró en silencio por encima del hombro—. No saldrá.

—Seguro que lo hará —dije, poniéndome de cuclillas y abrazándola—. Aquí, déjame...

La agarré por el codo.

—No —escondió su rostro contra mi hombro. Podía sentir la flacidez de todo su cuerpo—. No servirá de nada tirar.

—¿Qué haremos entonces? —pregunté, abandonándome a su joven sabiduría.

—Bueno, tendremos que esperar hasta que se abra de nuevo —dijo.

—¿Cuánto tiempo?

Sentí que el temblor comenzaba en ella.

—No lo sé. Tal vez nunca. Tal vez... tal vez solo suceda una vez.

—¡Oh, vamos! —dije y no tenía nada que agregar. ¿Qué le puedes decir a una niña cuya mano ha desaparecido en una roca de granito y no sale?—. Liesle, ¿puedes mover los dedos?

Todo su rostro se tensó mientras lo intentaba.

—Sí —dijo—. Es como tener la mano en un agujero pero no puedo sacarla.

—Empújala, entonces —dije.

—¿Hacia adentro? —preguntó débilmente.

—Sí —dije—. Empújala y muévela con fuerza. Quizás la vean y abran de nuevo.

Entonces lo hizo. Empujó lentamente hasta que su codo desapareció.

—¡Estoy saludando con fuerza!

Esperamos...

—Nadie viene —dijo. Y de repente estaba luchando y sollozando, desgarrándose contra la roca, pero su brazo estaba tan apretado como lo había estado su mano. La abracé contra mí, rozando mi mano contra la roca mientras calmaba sus agitadas piernas.

—Tranquila, Liesle.

Entre lágrimas, la mecí para consolarla.

—Oh, Dios del cielo —suspiré, mis ojos cerrados contra su cabello—. ¡Oh, Dios del cielo!

Un pájaro gritó en el silencio que siguió. El tiempo se estiró y se estiró. De repente, Liesle se movió.

—¡Abuela! —susurró—. ¡Algo me tocó! ¡Abuela! —se enderezó y presionó la otra mano contra la roca—. ¡Alguien puso algo en mi mano! ¡Mira, abuela!

Y retiró el brazo del granito gris y me tendió la mano.

Durante una fracción de segundo ese algo se descascaró y chisporroteó como el brillo de una bengala, lloviendo vívidamente y alrededor del suelo. Liesle miró su mano, toda plateada, y la secó en su pijama, dejando una mancha brillante.

—Estoy cansada, abuela —gimió. Miró a su alrededor, medio aturdida—. ¡Tuve un sueño! —lloró—. ¡Tuve un sueño!

La llevé de regreso a la tienda. Estaba demasiado cansada para llorar. Solo emití un gemido que se convirtió en sílabas con el latido de mis pasos. Estaba dormida antes de que le quitara la chaqueta. Me arrodillé a su lado por un rato, mirándola, preguntándome. Levanté su mano derecha. Unos últimos copos de brillo se filtraron de sus dedos y parpadearon en el camino hacia el suelo. Sus uñas brillaban débilmente alrededor de los bordes, su palma, donde estaba arrugada, tenía una M irregular de plata descolorida. ¿Qué había sostenido? ¿Qué regalo le habían puesto en la mano? Miré a mi alrededor, aturdida. Estaba demasiado cansada para pensar. Sentí un extraño latido, como si el tiempo hubiera vuelto a ponerse en marcha y de repente fuera muy tarde. Me quedé dormida antes de terminar de levantar las mantas.

Son episodios como este, gracias a Dios, bastante escasos, los que me hacen sentir el peso de la edad. Estoy demasiado inmersa en las costumbres del mundo para poder aceptar cosas así, demasiado segura de lo que se ve para ver realmente lo que es. Pero los acontecimientos no tienen por qué ser tan extraños para que me dé cuenta de que a veces es mejor simplemente tomar la mano de una criatura, un criatura que ve, y dejar que sea ella quien guíe.